

Presentación. Visiones de la paz para el siglo XXI *

1. PAZ: EL TRIÁNGULO DIAGNÓSTICO-PRONÓSTICO-TERAPIA

Las ciencias de la paz son tan parecidas a las ciencias de la salud que se les puede aplicar el triángulo diagnóstico-pronóstico-terapia. Tienen en común la idea de un sistema (de actores, de células), de bienestares y de malestares¹. Las parejas de palabras salud/enfermedad de los estudios médicos y paz/violencia de los estudios sobre la paz pueden entenderse como precisiones de esas clasificaciones más generales.

De hecho, ambos estados requieren un diagnóstico (o análisis), no sólo de la violencia y la enfermedad. También la paz y la salud tienen sus condiciones y sus contextos, diferentes de las condiciones de violencia y enfermedad, pero pueden estar asimismo relacionadas con ellas. Así, una relación equitativa es, probablemente, una condición para la paz; pero también puede haber violencia en un sistema no explotador si algo falla en un solo actor. De forma similar, una condición para la salud es un equilibrio estable de los parámetros clave del cuerpo humano. Y, sin embargo, una sola célula o una colonia de células puede fallar, por ejemplo, empezando a crecer desproporcionadamente.

El investigador de la paz debe buscar causas, condiciones y contextos en varios ámbitos: de la naturaleza, humano, social, del mundo, del tiempo, de la cultura. Este espectro transdisciplinar hace que las ciencias de la paz sean a la vez un reto, intelectualmente complicado, y problemáticas en la práctica. Por otra parte, un enfoque estrecho de miras está condenado de antemano.²

Si ahora, por alguna razón, el sistema sale de su estado de bienestar y muestra síntomas de estados de malestar, la pregunta obvia a la que hay que contestar con un pronóstico correcto es si el sistema es capaz de un autorrestablecimiento del estado de bienestar, o si se necesita alguna intervención de otro.

Una intervención desde fuera no debe identificarse con terapia. En primer lugar, tal intervencionismo podría de hecho acabar empeorando el sistema; en segundo lugar, puede que sea capaz por sí mismo de proporcionar la terapia adecuada. Y, en tercer lugar, el autorrestablecimiento no significa necesariamente una intervención consciente, intencionada. El sistema puede simplemente «cuidarse a sí mismo». Nuestros cuerpos tienen esa milagrosa capacidad de restaurar el equilibrio mediante mecanismos hipercomplejos que apenas somos capaces de comprender, menos aún de

*Tomado del libro *Paz por medios pacíficos*, de Johan Galtung (2003).

influir sobre ellos. Lo que podemos hacer es proporcionar condiciones positivas para esas funciones restauradoras.³

Fijémonos ahora en el tercer ángulo del triángulo, la terapia, que se refiere a los esfuerzos intencionados del propio agente o de otro por mover el sistema de nuevo hacia algún estado de bienestar. Estrechamente relacionada con la diferencia entre salud y paz negativas y positivas está la diferencia entre la terapia curativa y la preventiva. Los cuatro conceptos representan estados de bienestar con ninguna (o muy poca) enfermedad o violencia. Los sistemas están (casi) libres de síntomas. Pero en el caso negativo, es lo máximo que puede decirse de ellos. El equilibrio es tan inestable que incluso un insulto menor puede inclinar el sistema a un estado de malestar. En el caso positivo, el equilibrio es más estable, en cuanto que hay más capacidad de autorrestablecimiento incluso si el sistema no está completamente libre de síntomas. La terapia curativa se dirige al primero, la preventiva al segundo. Ambas son necesarias para la salud, y para la paz.

2. EL TRIÁNGULO DE LA VIOLENCIA DIRECTA-ESTRUCTURAL- CULTURAL

La creación de la paz tiene que ver, obviamente, con la reducción de la violencia (cura) y con su evitación (prevención). Y violencia significa dañar y/o herir. Por lo tanto, asumimos la existencia de algo que puede experimentar el ser dañado y ser herido, y seguimos la tradición budista al identificar ese algo como la vida. La vida puede sufrir (dukkha) la violencia infligida al cuerpo y a la mente, violencias a las que nos referimos respectivamente como violencia física y violencia mental. Pero la vida también puede experimentar la felicidad (sukha), el placer que llega al cuerpo y a la mente. Algunos podrían reservar el término de paz positiva para esa experiencia.⁴

Hasta ahora hemos mirado la violencia desde la perspectiva de quien la recibe. Si hay un emisor, un actor intencionado sobre las consecuencias de esa violencia, podemos hablar de violencia directa; si no lo hay, hablamos de violencia indirecta o estructural.⁵ La miseria es una forma de sufrimiento; por lo tanto, ahí hay violencia en algún punto. La posición que se adopta aquí es que violencia indirecta es igual a violencia estructural. La violencia indirecta proviene de la propia estructura social: entre seres humanos, entre conjuntos de seres humanos (sociedades), entre conjuntos de sociedades (alianzas, regiones) en el mundo. Y en el interior de los seres humanos existe la violencia indirecta, no intencionada, interna, que emana de la estructura de la personalidad.

Las dos principales formas de violencia estructural externa son bien conocidas a partir de la política y la economía: represión y explotación. Ambas actúan sobre el cuerpo y la mente, pero no son necesariamente intencionadas. No obstante, escaso consuelo le procura eso a la víctima.

Tras todo esto está la violencia cultural: toda ella simbólica, en la religión y la ideología, en el lenguaje y el arte, en la ciencia y en el derecho, en los medios de comunicación y en la educación. La función es bien sencilla: legitimar la violencia directa y estructural. De hecho, abordamos la violencia en la cultura, en la política y la economía, y después la violencia directa. Necesitamos un concepto más amplio que

violencia y también más amplio que paz. Ese concepto es el de poder. El poder cultural mueve a los actores convenciéndoles de lo que está bien y lo que está mal; el poder económico por el método de la zanahoria del *quid pro quo*; el poder militar (o la fuerza, en general) por el método del palo de «o esto o si no...»; y el poder político mediante la producción de decisiones.

El esquema nos da cuatro tipos de poder, o discursos: cultural, económico, militar y político. Palabras bien conocidas, pero no para jugar alegremente con ellas. Representan cuatro campos del poder y cuatro tipos de violencia (la violencia estructural tiene caras políticas y económicas), y, por deducción, cuatro tipos de paz. Antes de pasar a la cuestión de cómo aparecen concretamente, hagamos algunas consideraciones sobre las relaciones entre los cuatro ámbitos de poder.

Todos inciden en los demás; se pueden trazar doce flechas. Pero, aunque eso sea cierto, es la salida fácil, porque no se adopta ninguna posición. Se debe añadir otra verdad. Existe también un impulso general en el sistema de poder: actos de violencia directa únicos surgen de estructuras de decisiones políticas y transacciones económicas; y los dos últimos elementos son causa uno del otro. Pero detrás de todo ello acecha la cultura; legitimando algunas estructuras y actos, deslegitimando otros.

La suposición realista de que sólo cuenta el poder militar es la menos realista de todas. Sin embargo, la fe liberal en la estructura política correcta y la fe marxista en la estructura económica correcta no son mejores. Todas importan, especialmente la cultura. Pero un culturalismo unidimensional es también insuficiente. Mi propia posición es ecléctica, pero situando el flujo de causalidad más en la dirección desde la cultura pasando por la política y la economía hasta lo militar que al contrario. Así, la dirección causal principal para la violencia va de la violencia cultural pasando por la estructural a la violencia directa.

3. CAMINOS HACIA LA PAZ: EL SENDERO OCTOGONAL

Acabamos de señalar dos tipos de terapia o remedio: curativo y preventivo, que buscan la paz negativa y la positiva* respectivamente. Y se han identificado cuatro tipos de violencia (con los dos subtipos). Nos da un total de ocho combinaciones, el sendero octogonal del encabezamiento de esta sección. Cada combinación —por ejemplo, «poder cultural, paz positiva»— nos enfrenta a una pregunta: ¿qué se puede hacer? Los lectores hallarán algunas respuestas en el cuadro 1, y pueden sumar y restar. Los seis enunciados que rodean el cuadro son quizás más importantes que el propio contenido: su intención es inspirar nuestra búsqueda. Por supuesto que son posibles otras clasificaciones de políticas de paz, por ejemplo, construcción sobre el

* Galtung utiliza paz negativa no en el sentido de contraponerla a paz positiva, sino para definir una paz que supone decir «no» a aspectos conflictivos del sistema, como a una defensa agresiva, un planteamiento cultural cerrado, etc., cambiándolos. La paz positiva dice «sí» a acciones para mejorarlo. En alguna ocasión utilizo expresiones como «paz que dice no» y «paz que dice sí» como sinónimos. (N. de la T.).

PAZ POR MEDIOS PACÍFICOS

esquema Naturaleza-Yo-Sociedad-Mundo- Tiempo-Cultura de espacios para localizar condiciones.

No hay un punto de partida y desde luego no hay un punto donde acaban las políticas para la paz. El mejor consejo es trabajar sobre las ocho celdas a la vez. Es mejor obtener algunos avances en todas ellas que un solo impulso en una, a la espera de que los demás se las vayan arreglando solos o se puedan manejar con facilidad después. Las experiencias con teorías de la paz basadas en un solo factor han sido casi siempre negativas. Kant aspiraba a las repúblicas y la democracia, los liberales al libre mercado y la democracia, los marxistas a la producción social y las democracias tuteladas, los mundialistas a una ONU fuerte. La estela de sus planteamientos no trajo la paz.

La mayor parte de las propuestas aspiran al mundo como un sistema de países con estados dentro de cada uno: el sistema interpaíses que generalmente se conoce como el sistema interestados. Con ligeras variantes, también se aplica a los sistemas intergénero, intergeneracionales, interclases e internaciones (étnicos), todos de aplicación hoy.

Cuadro 1. Políticas de paz para el siglo XXI

	Paz negativa	Paz positiva
Política	<i>Democratizar los estados</i> Derechos humanos en todo el mundo, pero con desoccidentalización Iniciativa, referéndum, democracia directa Descentralización	<i>Democratizar la ONU</i> Un país, un voto Abolición del poder de veto de los grandes Segunda Asamblea de la ONU Elecciones directas (un escaño/ un millón de votos) Confederaciones
Militar	Defensa defensiva Deslegitimación de las armas Defensa no militar	Fuerzas de paz Técnicas no militares Brigadas de paz internacionales
Económica	<i>Autogestión/Independencia I</i> Internalizar las externalidades o efectos colaterales Utilizar recursos propios También a nivel local	<i>Autogestión/Independencia II</i> Compartir las externalidades o efectos colaterales Intercambio horizontal Cooperación Sur-Sur
Cultural	<i>Desafiar el:</i> Singularismo Universalismo Conceptos de “pueblo elegido” Violencia, guerra <i>Diálogo</i> entre duros y blandos	<i>Civilización global</i> Un Centro en todas partes Un tiempo relajado Holístico, global Asociación con la naturaleza Justicia, igualdad Ensalzamiento de la vida

Hacen falta muchos comentarios al cuadro 1, sin duda. Quienes trabajan por la paz mundial, sea en el sistema estatal o en el de las organizaciones no gubernamentales, reconocerán algunos elementos; pocos los reconocerán todos o estarán necesariamente de acuerdo con ellos. Ese debate es básico para que el movimiento por la paz crezca y llegue a ser al menos tan influyente como lo fueron en su momento los movimientos contra la esclavitud y los anticolonialistas. Estar contra la guerra es una buena posición moral, pero los interrogantes sobre alternativas a la guerra y sobre las condiciones para la abolición de la guerra no van a desaparecer por ello. Hay que afrontarlos.

Lo ideal sería abordar todos estos puntos a la vez para recalcar la sincronía por la que abogamos. Pero ese estilo de comunicación no comunica bien, así que vayamos línea por línea, teniendo en cuenta que no se establece ningún orden de prioridades.

4. LA DIMENSIÓN POLÍTICA

La democracia es una idea estupenda, pero se ha entendido mal en relación con los asuntos interestatales. Si la democracia funciona bien dentro de un país, en principio producirá una población relativamente contenta que, por término medio y a lo largo del tiempo, verá satisfechos muchos de sus deseos, dentro de lo posible. Una vez más, en principio esto debería llevar a un excedente de paz dentro del país, con la democracia funcionando como árbitro no violento entre partes de la población que compiten por el poder y privilegios. Pero no hay garantías de que este plus de paz intraestado se traduzca en actividad pacífica en el sistema interestatal. La democracia tiene que ser global, en el sistema interestatal, en el sistema mundial. Pero ese sistema es hoy feudal-conservador, no liberal-democrático.

Esa constatación abre dos enfoques: democratizar más el sistema interestatal y hacer el sistema intraestatal aún más pacífico, por medios democráticos. Ambos son objetivos y enfoques loables: no hace falta justificar un país más democrático con la suposición (como mínimo no probada, como máximo abiertamente errónea) de que intrapaz se traduce automáticamente en interpaz. Si ése fuera el caso, las principales democracias del mundo no habrían sido también esclavistas, colonialistas y altamente beligerantes en general, salvo las democracias más pequeñas, que probablemente son pacíficas más por ser pequeñas que por ser democráticas. Eso también funciona al revés: un sistema interestatal democrático no garantiza automáticamente que todas las que lo componen pasarán a ser democracias de la noche a la mañana.

La aproximación más directa es democratizar el sistema interestatal. Un *país/un voto* es una fórmula que podría aplicarse a las instituciones de Bretton Woods, recortando el poder financiero de los países más ricos del mundo. Probablemente se reduciría también la cantidad de crédito disponible. La pregunta es si el historial del Banco Mundial hace tan lamentable esa posibilidad. Evidentemente, la fórmula excluye el veto de los grandes poderes; hay que acabar con él.

Pero la democracia tiene que ver más con una *persona/un voto*, y eso apunta sin ninguna ambigüedad hacia un Parlamento mundial, como una Segunda Asamblea de las Naciones Unidas, una Asamblea Popular de las Naciones Unidas (APNU), en la que los estados miembros serían las circunscripciones con derecho a un escaño por cada millón de ciudadanos (los estados con menos de un millón tendrían un escaño), pero sólo si los representantes fueran elegidos por sufragio popular y secreto, no seleccionados por el estado. Éste sería un canal de articulación adicional a la AGNU, es decir, la Asamblea de Gobierno de las Naciones Unidas. Las dos asambleas podrían marcar una agenda para la transferencia de mayor poder de la AGNU a la APNU, haciendo que los gobiernos fueran responsables ante la población, en vez de al revés.

Los derechos humanos apuntan en la misma dirección, aunque también tienden a fortalecer el sistema estatal haciendo a los estados garantes de los derechos humanos, responsables ante los mecanismos de la ONU. Hoy esos derechos tienen un inconfundible sello masculino, adulto, occidental y de especie humana; todo se podría mejorar sin perder el poder de esa noble tradición contraria a la violencia directa y estructural.

También ayudaría el acercar los gobiernos al pueblo, mediante formas confederales de cooperación más que federaciones y estados unitarios; mediante la descentralización dentro de los países y con iniciativas y referendos. Pero esto no es la panacea: la gente no siempre es pacífica. El pueblo, la sociedad civil, también puede matar.

5. LA DIMENSIÓN MILITAR

Defendemos aquí no la abolición de lo militar, sino el otorgarle nuevas funciones. La institución militar ha tenido muy malas costumbres en el pasado, como atacar a otros países y naciones, y a otras clases sociales, generalmente por orden de las élites dominantes, matando y arrasando en guerras internas y externas. Pero también ha tenido sus virtudes: buena organización, valor, disposición al sacrificio. Hay que desterrar los malos hábitos, no necesariamente lo militar en sí mismo, y por supuesto no las virtudes.

Otorguemos nuevas tareas a la institución militar, sustituyendo la guerra agresiva, externa, por una defensa defensiva, con medios defensivos (armamento militar convencional de corto alcance, defensa paramilitar y no militar). La defensa pura no provoca a nadie y no causa temor, pero deja claro que habrá fuerte resistencia a los ataques.

Se pueden utilizar las fuerzas de paz para prevenir la agresividad, incluso en lugares donde no ha habido episodios abiertos de violencia (pero hay buenas razones para pensar que algo puede suceder). Una propuesta podría ser estacionar esas fuerzas, de manera preventiva, en la treintena de pequeños países que no tienen fuerzas armadas, para adelantarse a la posibilidad de que algún Gran Hermano pretenda ser el protector en una crisis.

Pero esto no es suficiente. Tiene que haber más desarrollo en líneas no violentas, deslegitimando las armas, promoviendo técnicas no violentas, reduciendo los componentes convencionales y paramilitares; a la vez, construyendo la defensa no militar, orientándose hacia el mantenimiento de la paz por civiles y a las brigadas internacionales de paz en áreas conflictivas. Estamos en el umbral de tan importantes esfuerzos; hay que profundizarlos mucho más. ¡Dense por invitados los militares!

Todo esto tiene también un lado negativo. El objetivo a largo plazo es la abolición de la guerra como institución, un objetivo totalmente realista, pero exigente, difícil y absolutamente necesario, al igual que lo fueron la abolición de la esclavitud y el colonialismo. Por supuesto que aún quedarán focos de violencia por ahí, algunos aún organizados colectivamente como guerras. Pero no serán institucionalizados, no serán interiorizados. Tampoco serán legítimos.

¿Qué sostiene la guerra? Muchos factores, siendo tres de ellos el patriarcado (dominación de la especie humana por el género masculino), el sistema estatal con su monopolio de la violencia, y el sistema superestatal o de superpoderes con el definitivo monopolio de las hegemonías. Los varones tienden más a la violencia que las hembras, y quienes poseen armas tienden a pensar y actuar de acuerdo con el viejo proverbio que dice que a una persona con un martillo el mundo le parece un clavo. Esto, dicho sea de paso, no es necesariamente porque la persona sea violenta, sino porque tiene el uso del poder militar por profesión y como monopolio y simplemente quiere incidir.

Luchar contra el patriarcado significa luchar contra las culturas y estructuras patriarcales y llegar a un reparto del poder más equilibrado entre los sexos. El peligro es que, en el curso de la lucha, las mujeres asuman algunos de los valores masculinos contra los que luchan.

La lucha contra la tendencia de los estados a recurrir al poder militar pasa por alternativas que sean más convincentes. Y la lucha contra las tendencias hegemónicas en la sociedad mundial de sociedades pasa por la democratización de esa sociedad, la creación de alianzas de países no hegemónicos dentro o a través de sus *esferas de intereses*, y la toma de decisiones del estilo de un país/un voto. Volveremos a eso más adelante, en el capítulo IV de la primera parte.

6. LA DIMENSIÓN ECONÓMICA

En este caso, el problema no es sólo la práctica económica, sino también la teoría económica con su cuidadosamente estudiado olvido de los elementos externos o efectos colaterales de la actividad económica, las externalidades. Algunos efectos son positivos, como el reto que se deriva de asumir problemas complejos para los cuales no hay soluciones inmediatas, rutinarias. Y algunos son negativos, como la degradación ecológica, por no mencionar la degradación humana. No se reflejan en la teoría económica, o, como mucho, aparecen como reflexiones colaterales u ocurrencias tardías. Los economistas se centran en las cantidades y precios de productos, bienes y servicios ofrecidos en el mercado, sin pararse a pensar que podrían ser también males y deservicios. A estas variables se las denomina

internalidades, internas al modelo. Un ejemplo es términos de cambio, la cantidad de un producto necesaria para obtener a cambio una cantidad constante de otro producto, como cuánto aceite hace falta para un tractor. Otra opción sería comparar las horas de trabajo necesarias.

La explotación significa que una parte saca mucho más del intercambio que otra, medida por la suma de lo externo y lo interno. Los términos de cambio pueden ser malos y estar empeorando: además, una parte se queda con todos los retos, dejando el trabajo rutinario a la otra, que, encima, se lleva en el paquete toda la degradación humana y ecológica. Dado que ésta es una descripción bastante adecuada del comercio entre los países ricos (no todos en el Norte) y los pobres (no todos en el Sur) en el mundo hoy, nos enfrentamos a un caso clave de violencia estructural. Esta condición desemboca con frecuencia en violencia directa con la intención de cambiar o de mantener la estructura, y está sólidamente protegida por la violencia cultural que proporcionan las teorías dominantes. Un pesado triángulo de violencia.

Una forma de salida es comerciar menos, dependiendo más de los propios recursos (factores), lo que significa que los efectos colaterales positivos se quedan en casa; los negativos serán padecidos por uno mismo antes que repercutidos sobre otros. La esperanza está en que el interés propio pueda llevar a mejores formas de actividad económica. Si esto es autogestión/independencia I, entonces autogestión/independencia II lo extiende hasta incluir intercambios con otros países, pero con sensibilidad por los efectos externos. La fórmula rápida es compartirlos. Lo que eso significa en la práctica es aportar mutuamente los efectos colaterales positivos y cooperar en la reducción de los negativos.⁶

En este punto se llega al callejón sin salida. Esa actitud de tomarse los efectos de las transacciones internacionales sobre otros tan en serio (como mínimo) como los que tienen sobre uno mismo, supondría en general algún tipo de cercanía, un sentimiento de parentesco. Así se supone que son las buenas relaciones familiares. Una fórmula puede ser «países vecinos», otra «países con afinidades», una tercera «países al mismo nivel de desarrollo». Se supone que la autogestión II debe desarrollar esas afinidades..., pero esas afinidades son a la vez la condición necesaria para que se den.

Pese a todo, la mejor actitud es sencillamente ponerse en marcha. Es lo que hicieron los países nórdicos, los de la ASEAN (Asociación de Naciones del Sureste Asiático) y los de la Unión Europea. Probablemente sea la mejor, quizás la única, forma de que se desarrollen los países pobres/en desarrollo del Sur, levantándose no sólo a sí mismos, sino mutuamente, por sus propios esfuerzos. En esa perspectiva, la cooperación Sur-Sur por la que abogaba la Comisión Nyerere es una política no sólo para el desarrollo, sino también para la paz, al menos en los confines del Sur.⁷

7. LA DIMENSIÓN CULTURAL

¿Por qué mata la gente? En parte porque así ha sido criada, no directamente para matar, pero viendo que matar es legítimo en algunas condiciones. Eso nos trae a la cultura, ese gran legitimador de la violencia, pero también de la paz. ¿Dónde encontramos los principales transmisores de la violencia? La respuesta fácil sería

«religión e ideología», puesto que se sabe que las personas matan en nombre de ambos. Sin embargo, no todas las religiones ni ideologías son violentas; algunas incluso proclaman sin tapujos su defensa de la no violencia. O, por utilizar el enunciado que preferimos aquí: las religiones y las ideologías vienen en formatos duros y blandos: las duras tienden a centrarse en una meta abstracta, trascendente, y las más blandas lo hacen en la empatía, incluso en la compasión. Muestras de las primeras serían el triunfo de un dios trascendente, por ejemplo en la versión occidental de una deidad masculina «que está en los cielos», o una utopía política extendida por todo el mundo (capitalismo, socialismo, democracia, fascismo) o una gran nación. Muestras de objetivos más blandos o suaves serían un dios inmanente o «lo que hay de dios» en cada persona; la satisfacción de necesidades básicas concretas en los seres humanos; el respeto a toda forma de vida.

Evidentemente, las mayores religiones e ideologías occidentales, el islam y el cristianismo, el liberalismo y el marxismo (éste tendrá, probablemente, algún tipo de renacimiento), tienen rasgos de ambos, así que deberíamos hablar de aspectos duros y blandos más que de religiones e ideologías duras y blandas, o incluso de variedades duras y blandas. Además las cuatro son también *singularistas* —reclaman ser el único, válido, transmisor de la verdad— y *universalistas* —reivindican validez mundial y para todo el tiempo venidero—.

Estos dogmas resultan especialmente peligrosos cuando definen a un pueblo elegido (género, generación, raza, clase, nación), con el derecho y la obligación de extender y defender la fe. Las religiones occidentales (y no sólo ellas) tienen elementos de ese planteamiento, siendo arquetípica la concepción judaica de un Pueblo Elegido con una Tierra Prometida.

Todas estas nociones deben ser desafiadas, cargadas como están de violencia y guerra. Y hay que desafiar directamente a la violencia misma. En el pragmático Occidente quizás la mejor manera de hacerlo es subrayar cómo *la violencia engendra violencia*, probablemente uno de los enunciados más seguros de las ciencias sociales. Y la mejor forma de desafío es el diálogo. El cristianismo viene en versión dura y blanda, el diálogo entre las dos variedades dentro de una misma fe puede ser más significativo para los creyentes que los diálogos ecuménicos entre distintas religiones. Sin embargo, un enfoque no tiene por qué excluir necesariamente al otro.

Como suele ocurrir, el mejor enfoque es probablemente el positivo. Los cuatro sistemas criticados más arriba son transmisores de un máximo de fe, con respuestas para (casi) todo. Pedir la misma fe a toda el mundo es como recetar zapatos del mismo tamaño para todos. Sin embargo, la civilización mundial necesita algunos mínimos en los que creer.

El cuadro 1 da algunas ideas que pueden ser útiles. Un mundo donde cada lugar sea un centro y ninguno una periferia. Un concepto menos trágico del tiempo; son normales las subidas y los bajones, pero deben mantenerse en ciertos límites. El mundo sólo puede comprenderse de una forma razonablemente holística y global. Asociación con la naturaleza, en la que los seres humanos y la naturaleza se sirven mutuamente, cubriendo las necesidades básicas de ambos. Igualdad y justicia dentro de y entre las

sociedades. Ensalzamiento de la vida como el fin, y como los medios. Palabras, palabras, palabras, pero importantes, de todas maneras.

8. ¿QUIÉNES SON LOS TRANSMISORES DE LAS ESTRATEGIAS DE PAZ?

En principio, la respuesta es todo el mundo. Pero en la práctica surgen problemas cuando el transmisor es el sistema estatal. Antes se ha mencionado una razón: la tendencia a transformar el sistema, o al menos su imagen, de forma que los medios de que uno dispone sean influyentes o al menos parezcan serlo. Se acaba con palos —lo que significa violencia—, premios y élites negociadoras.

Por otra parte, hay también serios problemas en que sea el sistema no estatal, no gubernamental, el transmisor de las estrategias de paz. Como ya se ha comentado, la gente no siempre es pacífica, e, incluso cuando lo es, lo que tiene a su disposición es básicamente poder cultural, no los palos y las zanahorias del poder militar y económico utilizado por el sistema estatal. Los sistemas no estatales también pueden tender a ver el mundo como un clavo, aunque su martillo sea considerablemente más blando: la persuasión por la palabra y el ejemplo. Lo cual puede ayudar, pero también puede que no. Se podría defender el sistema de doble carril, añadiendo un pacificador potencial que suele pasarse por alto: las corporaciones transnacionales.

A la vista de dos posibles errores fundamentales —que la paz sólo pueden hacerla las élites, o sólo las no élites—, el reto es no cometer ninguno de ellos, intentando utilizar ambos carriles. Quizás el fin de la guerra fría pueda servir de ejemplo. El sistema estatal dio pasos importantes, especialmente en relación con el proceso de Helsinki. Pero más importantes incluso fueron los pasos dados por el sistema no estatal, los movimientos disidentes del Este que dejaron meridianamente clara la ilegitimidad del (post)estalinismo, y el movimiento pacifista en Oriente y Occidente que hizo lo mismo con lo nuclear. Las dos tendencias se unieron en la persona y actuación de Gorbachov, con un final feliz que acabó en la caída de 1989.⁸ ¿No podría repetirse ese éxito?

Notas

1. Una persona se siente bien, o se siente enferma, pero los sistemas de actores no se sienten así. Sin embargo, se les pueden atribuir estados de bienestar y de malestar (indisposición), o *eufunción* y *disfunción*. (El autor hace un juego de difícil traducción escrita, con *eu-functioning* y *dis-functioning*, utilizando la partícula *eu* como sinónimo de buen. He optado por respetárselo al máximo posible. [N. de la T.]). La palabra *malestar* (mal-estar) de los estudios sobre la salud se puede relacionar con lo segundo. Pero ¿quién decide, según qué criterios? ¿Nos inclinamos hacia el subjetivismo (las personas mismas deciden si están sufriendo o no) o hacia el objetivismo (otros deciden, según su criterio, que deben estar sufriendo)? Yo me inclino por ambos/ y, y por un diálogo, la única conclusión posible desde una perspectiva yin/yang (hay sufrimiento en la felicidad y felicidad en el sufrimiento). A menudo las personas pueden ganar en profundidad personal del malestar; la sociedad puede aprender a conocer sus puntos fuertes y sus debilidades a partir de una conmoción violenta, como puede serlo una invasión. Pero ¿quiere eso decir que siempre hay que pagar ese precio?

PAZ POR MEDIOS PACÍFICOS

2. Un ejemplo sería el enfoque unilateral sobre el terror y la propaganda que se dio durante la guerra fría, y lo que empezó a ocurrir cuando la guerra fría se dio por acabada oficialmente. Los problemas multicausales o multicondicionados requieren remedios multi-ámbito/capa/nivel. La fórmula actualmente en vigor en los estudios sobre la salud, *psicosomática*, es un reconocimiento de ello, aunque podría enmendarse a *sociopsicosomática* para ser aún más satisfactoria. Y sin embargo, los análisis oficiales de, por ejemplo, los conflictos en la ex Yugoslavia se hicieron en la línea de la guerra fría: sólo dos partes, las partes son estados, quien no esté catalogado como *bueno es malo*, etc.
3. Para la restauración de la salud, el ejemplo típico serían unos hábitos alimentarios y de ejercicio físico razonables, en otras palabras, el *estilo de vida*. Para la restauración de la paz, un ejemplo sería mantener abiertos los canales de comunicación.
4. Una razón por la cual eso no se hace aquí es que el esfuerzo se centra en percibir el concepto de paz más como suelo que como techo, algo sobre lo que puede haber un amplísimo grado de acuerdo. Cuanto más se detalla la paz, cuanto más rica es su definición, menor es el consenso.
5. En otras palabras, la estructura es el medio por el cual se transmite la violencia, similar al *campo* de la gravedad, la electricidad y el magnetismo en física. El colonialismo es un buen ejemplo: hay una entrada inicial de megaviolencia que se utilizó para construir la estructura conocida como colonialismo, que está en gran medida operativa tras una descolonización formal.
6. Si A solicita a B un producto que reta y estimula a B, entonces B debería, a su vez, solicitar un producto igualmente estimulante a A, no un simple producto de cadena. Y si uno o ambos de estos procesos llevan a degradación ecológica y/o humana, tanto A como B deberían cooperar para reducir las consecuencias donde quiera que aparezcan.
7. Véase *The South Commission Report* (Informe de la Comisión del Sur), Ginebra, South Center, 1990.
8. Para un intento de análisis de lo que ocurrió, véase mi trabajo «Eastern Europe Fall 1989—What Happened and Why?» (La caída del Este de Europa 1989. ¿Qué pasó y por qué?), en L. Kriesberg y D.R. Segal, *Research in Social Movements, Conflict and Change* (Investigación en movimientos sociales, conflicto y cambio), Greenwich (Connecticut), JAI Press, 1992, vol. 14, 75-97.